Inti: Revista de literatura hispánica

Volume 1 | Number 29 Article 46

1989

Federico Patan sobre Hernán Lavín Cerda: *Esas máscaras de gesto permanente*

Federico Patan

Citas recomendadas

Patan, Federico (Primavera 1989) "Federico Patan sobre Hernán Lavín Cerda: *Esas máscaras de gesto permanente*," *Inti: Revista de literatura hispánica*: No. 29, Article 46.
Available at: http://digitalcommons.providence.edu/inti/vol1/iss29/46

This Reseña is brought to you for free and open access by DigitalCommons@Providence. It has been accepted for inclusion in Inti: Revista de literatura hispánica by an authorized administrator of DigitalCommons@Providence. For more information, please contact mcaprio1@providence.edu.

Hernán Lavín Cerda: *Esas máscaras de gesto permanente.* México: Ed. Leega, 1989, 260 páginas.

Hay, desde luego, muchas maneras de abordar la narrativa. Quienes la conciben como una mera reproducción de circunstancias superficiales, rinden pleitesía al espejo de Stendhal; quienes la piensan un modo de explorar en profundidad, con riesgo de engolosinarse con lo oscuro de esas simas, buscan otras vías de expresión. Ambos, demás está decirlo, parten del lenguaje. Pero si los primeros lo utilizan subordinándolo a la anécdota, por describirlo de algún modo, aquellos segundos lo privilegian, y en ocasiones lo vuelven núcleo de sus preocupaciones narrativas. Así, con Hernán Lavín Cerda (Chile, 1939) y su novela más reciente: *Aquellas máscaras de gesto permanente*, título que nos remite a uno de los significados del libro: el vivir como una máscara que disfraza nuestro ser verdadero.

Como uno de los epígrafes con que abre la novela tenemos la cita siguiente: *La muerte y la vida están en poder de la lengua.* Mejor resumen de esta obra no podríamos tener. Por tanto, a quien le disguste un libro cuya preocupación central es el lenguaje, bien hará en alejarse del texto que comentamos. Lo ponemos en la línea de obras obsesionadas con las posibilidades del lenguaje — Rabelais en los orígenes, Joyce y Queneau en las zonas recientes — y, sobre todo, con el empeño de que la lengua

represente al universo. Esto, el afán de conseguir una *summa* lingüística, domina las 260 páginas del volumen. El mundo será lenguaje o caerá en la nada.

Por tanto, quien busque en la novela una sucesión lógica de aconteceres reconocibles como cotidianos, lo cual no significa dados en orden cronológico, bien hará en no acercarse a la propuesta de Hernán Lavín Cerda. Porque en el universo narrativo de Hernán no hay espacio para la anécdota tradicional. El espejo de Stendhal quedó hecho añicos por la piedra que el lenguaje ha lanzado, y hemos de vernos ahora en los añicos regados por el suelo, cada uno de ellos representando un enfoque, un ángulo de mira, una aproximación a lo que fue el paisaje convencional. Ahora, en la novela de Lavín Cerda, un grupo de personajes dialoga o medita en torno a la condición humana, y eso es todo. Estamos ante un libro inmóvil en la trama, aparentemente, puesto que su movimiento ocurre en el filosofar sobre algunas ideas.

De aquí la importancia dada al lenguaje. En última instancia, el deleite de la lectura surge de la riqueza puesta por el escritor en el discurso: una variedad enorme de hablas o registros, que en sucesión o en mezcla utilizan el español hispano, el mexicano, el chileno, el argentino; o bien parodian la expresión política, la científica, la militar, etcétera. Un vocabulario de amplia gama, que en sucesivas enumeraciones penetra en el universo de la herbolaria, de la cocina, de la lapidaria, de la música, y aquí otro etcétera. Un lenguaje venido de la poesía, que de ella toma los mecanismos de la metáfora, las posibilidades de las comparaciones — *su piel era como álamo incendiado* —, el gusto por la aliteración — *de este cachondo mundo y toda su cochambre* — y el placer en los juegos de palabras. Un gusto constante por ensanchar el mensaje por medio de un uso enciclopédico de términos: musmón, sartorio, crural, pedio, por dar un ejemplo.

Un texto narrativo de intertextualidad profusa, con apuntes venidos de casi todas las culturas. Un libro que debemos leer sin prisas, dándole al paladar momentos de reposo que impidan la saturación. Porque en una lectura sin presiones de tiempo iremos encontrando viejos amigos, ahora insertos en un marco de referencia que les da nuevo lustre. Vendrán notas sobre cine, como la referencia a Jorge Negrete; vendrán refranes: *estar más cagado que palo de gallinero*; vendrán citas pictóricas, como la hecha de Gauguin; vendrán inserciones literarias, tomadas de Alfonso el Sabio, de Valle-

Inclán y tantos otros; vendrán menciones históricas, como la hecha de Troya; vendrán en número tan elevado, que el comentarlas sería dispendioso y prolijo.

Y todo eso ¿para qué? Lo dijimos ya: explorar la condición humana. El título señala que el hombre está enmascarado en gestos rituales, tras los que vive en su esencia verdadera. La novela es una zambullida en busca de

tal esencia. Parte de ésta consiste en saber que el universo es *una payasada colosal*, pues ninguna seguridad hay de nada, excepto de la muerte. Exploramos sin llegar a descubrir si existen los dioses, si nos rige un destino, si vivimos en el azar. Nos intuimos ángeles caídos, e intentamos reconocer en nosotros aquella situación primigenia. Y como todo parece una broma de mal gusto, la novela de Hernán Lavín Cerda contraataca mediante un sentido del humor y una ironía constante. Hay en el escritor un manejo delicioso de estas herramientas literarias. Aprendemos en sus textos, trátese de poesía o de relato, que quien ha perdido la capacidd de reír ha perdido, indudablemente, la capacidad de sobrevivir.

Se establece como *axis mundi* a la mujer. Sentimos que el grupo conductor de la novela vive en un burdel, y no por desprecio a la mujer, sino por completar la imagen del universo como una *mierda inmortal.* En ese prostíbulo tenemos el subterráneo del baroscopio, donde ocurrirá, de ocurrir, el descubrimiento de la verdad. Una serie de elementos simbólicos, recurrentes en el texto, señalan los parámetros de lo expresado, siendo el de mayor peso aquél de la hormiga dando vueltas sin cesar en torno de un palito, pero sin por ello quitarle peso al trébol, a la red, al espejo, al subterráneo mismo y un laberinto supremo cuya exploración pudiera desembocar en descubrir demasiadas verdades.

Sin embargo, no podemos afirmar que estemos ante un escritor pesimista. A las grandes incógnitas del universo, Lavín Cerda opone ciertos elementos positivos. El primero, la poesía y el conocimiento posible de adquirir mediante ella; luego, la posibilidad de la relación humana; finalmente, el entender que al absurdo universal se responde con una gran carcajada de burla. *Aquellas máscaras de gesto permanente* es parte de esa gran carcajada. Ahora bien, y volvemos al principio de nuestra nota, debe el lector entrar en la narración de este novelista sabiendo que no encontrará en el texto las propuestas usuales que aparecen en el género de la novela; sobre todo, que el autor procuró matar la anécdota y entregarnos únicamente las meditaciones de los personajes.

Aquí, justo, encontramos la razón suprema de este libro. En el rechazo de lo cotidiano superficial, para llegar a lo cotidiano oculto. Porque la apariencia engañosa y el secreto revelador no son sino la misma superficie de un mismo espejo. Todo consiste en cómo nos veamos en él.

Federico Patán
Universidad Autónoma de México